

W.C.



SUPER. HASTA ARRIBA

RAUL GUERRA GARRIDO

Seat.

Citroënseat.

Chryslercitroënseat.

Fasarenaultchryslercitroënseat.

Pegasofasarenaultchryslercitroënseat.

Así pasan por la autopista conduciendo atentos, idos, ajenos al paisaje, atentos en exclusiva a lo único que importa, la velocidad, así pasa la impersonal cinta sin fin.

Aparcó a su modo. Golpe de volante y frenazo dejando en el suelo cien gramos de caucho por fricción. Quedó en el sitio exacto, a unos centímetros del borde, con la tapa del depósito junto a la manguera del surtidor. Félix salió del Ford Mustang desperezándose, estirando sus largas extremidades, quitándose los guantes con mimo. No vio a nadie. Tocó el claxon reclamando la atención del personal. Sonó como el electrónico *moog* de los Rolling.

Moncho dejó la lectura. Les había visto aparcar, pero no tenía prisa. El era el único empleado de la estación y en realidad no tenía nada que hacer salvo leer novelas. Dobló en dos la que tenía en las manos, *Justine o Las Desgracias de la Virtud*, y la guardó en el bolsillo trasero del buzo. Oyó el segundo *moog* del claxon y renunció a toda idea de velocidad, acondicionó su paso a la cámara lenta. «Este tío me cae gordo, tiene pinta de chulo y aquí, para chulo, el menda. O el Sade, menudo marqués. Buen coche y mejor moza, los hay con suerte en la tómbola.»

—¡Es que no hay nadie aquí!—gritó Félix.

Ya estaba Moncho junto al poste de gasolina.

—¿Qué va a ser, señor?

—Super. Hasta arriba.

Moncho le dio a la palanca con ademán profesional, indiferente. Clara seguía leyendo la revista. Félix se dirigió hacia los retretes.

—Cuidado con la cerradura, está jo, estropeada.

Félix no hizo caso del aviso. Moncho se encogió de hombros y siguió en la faena. Le gustaba el coche. Le gustaba mucho más la chica. Muy *in*. Con las piernas cruzadas, la mini le deja ver los rotundos muslos. No desvía la vista de las piernas, se está hipnotizando.

«Lleva medias como las turistas. A mí me gustan con liguero, a lo *retro*. Me va a dar algo. Lleva anillo, pero cualquiera sabe si estarán casados, ahora se lleva puesto lo que sea. De lo que sí estoy seguro es de que se acuestan juntos. Y es jovencita. El pollo también, será de mi quinta o por ahí. Habrá hecho trampa en la tómbola.»

La gasolina desbordó el depósito del auto y repicó contra el suelo. Ruido de lluvia. Clara, extrañada, dejó la revista, «Cambio-16». Moncho no pestañeó, siguió contemplando las piernas. La chica no se molestó en variar la posición de la falda, se limitó a preguntar.

—¿Qué pasa?

«No, nada. Lo que me da la gana. Ahora verás lo que va a pasar, cachondona. Aguarda un momento.»

—No, nada.

Moncho cortó el paso del carburante, colgó la manguera y se fue hacia el water. De las profundidades de uno de sus bolsillos de mecánico extrajo una cuerda. En silencio, con sumo cuidado, pasó un nudo corredizo por la manilla de la puerta rotulada «caballeros» y el extremo libre lo ató, tan tenso como pudo, al quicio de la ventana próxima. La puerta se abre hacia el interior. El hueco de la ventilación está enrejado. No se puede salir sin ayuda de fuera.

Moncho regresa al automóvil. Clara, todavía sentada, le mira a los ojos. El muchacho se pone a limpiar los cristales con una bayeta. Repite mil veces el mismo movimiento circular delante de la cara de ella. Cuando el cristal está de limpio y transparente que ni se nota su existencia, apoya sus labios en él y aplasta un beso sonoro. Clara da un respingo. Los labios deformados contra el vidrio parecen los de un monstruo.

—¿Qué haces? ¿Estás loco?

Moncho abre de golpe la portezuela y se hace a un lado, galante, para favorecer el paso. La mano subraya con gesto imperioso la orden.

—¡Fuera!

—¿Quién eres tú para darme órdenes?

—Soy Moncho. Sal fuera, monada.

—¿Qué le has hecho a Félix? ¿Dónde está?

—Llámale.

La navaja de Albacete, siete muelles, es muy aparatosa. Clara obedece. Sale del coche. Otea el panorama, la cinta de automóviles se desliza absorta en su propia velocidad. «Este chico está loco. Habrá que seguirle la corriente y dar tiempo a Félix. ¿Le habrá ocurrido algo? Tengo que ganar tiempo, alguien se dará cuenta de la situación. Si me pincha, si me corta, ¡qué horror! Soy joven, quiero vivir, pero vivir y seguir siendo bella. Por lo menos entera, no mutilada.»

—Tranquilízate, no voy a gritar. ¿Qué quieres? ¿Dinero? Sólo llevo mil pesetas, tómalas.

—La falda.

—¿Qué?

—Que te la quites.

—Estás mal de la cabeza. Bueno, perdona, no quise decir eso, es que me van a ver, no, es aún peor, te van a ver a ti y entonces...

—No te preocupes. La gasolinera está tan mal situada que no existe, verás: ¡Eh!, ¡socorro!... ¿Lo ves? Anda, quítatela.

—Si es eso lo que quieres...

«Si es por ahí la cosa va mejor. ¿Será un maniaco sexual? Hay que ganar tiempo. Lo que sea a cambio de la integridad física. «Ahí va la falda.»

Un viento suave resbaló por la llanura, acarició las desnudas piernas de Clara y arrastró la tela hasta los pies de Moncho.

—Bien. Magnífico, así me gusta. Ahora un poco de música.

El muchacho se agachó para manipular en el salpicadero del automóvil. Pasó varias emisoras con anuncios; por fin una soltó un aceptable *Exile on main street*, de los Rolling Stone. La puso a tope.

—¡Eh! ¡Oiga! ¡La puerta no abre!

Los gritos de Félix se confundieron con los de un Mick Jagger electrónico. Clara inició una carrera hacia los servicios, pero la navaja de Albacete, apuntando a su corazón, la dejó petrificada.

—Vamos a bailar.

—Pero...

—No te preocupes; si eres buena, en cuanto acabemos nuestras necesidades lo sacamos de ahí.

Moncho, riendo su propia gracia, empezó a agitar pies y manos como si le picara la sarna. Ritmo. Clara, en un acto reflejo, le imito sin necesidad de nuevas órdenes. Ritmo. Parecía no existir nada fuera del ritmo.

—¡Oiga! ¡Chaval! ¡Sáqueme de aquí! ¡La puerta!

Los gritos y puñetazos contra la madera encajaban en el ritmo del *hard rock*. La extravagante pareja se había compenetrado, se deslizaban por la gasolinera como por la pista de una sala de fiestas. Ritmo. Las medias de Clara electrizaran el ambiente.

«No sé que me pasa; cuando acabe el disco este chico me mata, y me estoy excitando; es como desnudarse en público, supongo, como las prostitutas de los escaparates de Hamburgo, sólo que al revés, son los hombres los que pasan enclaustrados en los escaparates de sus coches, ni siquiera sonríen, no me ven, ensimismados en la velocidad sólo tienen ojos para la cinta de asfalto, tengo que llamarles la atención.»

—¡Auxilio! ¡Abran la puerta! ¡Clara!

La voz de Félix, unida al ritmo, a los extraños pensamientos y a la remota esperanza de la autopista, terminó de envalentonarla. «Vamos a por todas, Moncho.»

Se empezó a quitar el suéter.

—¡Quieta, furcia!

El muchacho, fuera de sí, le sacude un bofetón espeluznante. Clara se tambaleó, tropezó con unos bidones y cayó cuan larga era. Moncho apagó la radio. Desapareció el ritmo. El ambiente recuperó su serenidad con rumor de motores al fondo.

—Estás loco.

—Y tú como quieres, so furcia. Voy por tu hombre.

—¡Abran la puerta! ¡No puedo salir!

—¡Ya voy!

Moncho se dirigió a los servicios. Cortó la cuerda y la guardó habilidosamente antes de que el otro pudiera verla. El prisionero salió como de un toril, desencajado, con los pelos pegados a la frente por el sudor.

—Ya le advertí lo de la cerradura. Mire cómo abre.

—¡Déjame en paz!

Félix soltaba tacos y murmuraba frases ininteligibles. No comprendía lo que había pasado. Era ridículo quedar encerrado de esa manera. Marchó a zancadas hacia el coche, poniéndose los guantes. Detrás iba Moncho, tranquilo, disfrutando del espectáculo.

El Ford Munstag semejaba un *poster*. En su interior, Clara, con las piernas cruzadas, enseñando los muslos, leía ensimismada «Cambio-16». Incluso los bidones estaban en su sitio.

—¿Cuánto es?—preguntó Félix.

—Mil quinientas.

—Imposible, no cabe tanto.

—Bueno, es que se ha derramado algo. Si no tiene para pagar es igual, ya me abonará otro día. Me fío de ustedes, tienen cara de buenas personas.

—Toma.

Félix, con un bufido, sin dejar propina, arrancó. Hizo el stop reglamentario, forzoso, y esperó un hueco en la cinta sin fin.

Pegasofasarenaultchryslercitroëseat.

Fasarenaultchryslercitroëseat.

Chryslercitroëseat.

Citroëseat.

Seat.

—Ahora. Vamos a desbordar la tierra, no hay forma de estar a solas. Oye, el chaval de la gasolinera era un tipo raro, ¿no te parece?

—¿Sí? ¿Por qué?—preguntó Clara.